

Discursos marxistas sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo (1940-1985)

Marxist discourses on the Bolivian insertion into capitalism (1940-1985)

Fernando Molina¹

Resumen

Para los “marxistas periféricos”, el momento en el que se produjo y el carácter que tuvo la inserción de sus países en la estructura abstracta del capitalismo pensada por Marx era un asunto ideológico de gran importancia, pues de ahí derivaban los sujetos y las tareas de la transformación social pendiente. Este artículo de historia intelectual aborda las ramificaciones del debate sobre el tipo de formación social que se suponía que era Bolivia por causa de las determinaciones y características del capitalismo mundial, tomando en cuenta a un grupo de los teóricos más relevantes, desde José Antonio Arce hasta René Zavaleta, quien falleció justo 40 años atrás. Este es un homenaje a este autor. El trabajo permite observar cómo, por la dinámica de su propio contenido, este debate contribuyó de forma relevante al pensamiento boliviano sobre el extractivismo.

Palabras clave: Bolivia, historia intelectual, marxismos, extractivismo

1 Estudiante de la Maestría de Desarrollo Sostenible y Extractivismo del CIDES-UMSA. Autor de varias obras de historia intelectual, entre ellas *Bolivia y la revolución permanente*. Ayala, Lora, Zavaleta (2021) y *Marxismos bolivianos clásicos (1940-1952)*. Arze, Ayala, Lora (2024). Ganó el primer premio de Ensayo Gustavo Rodríguez Ostria por su libro *Cultura política boliviana*. fermolina2003@yahoo.com.ar

Abstract

For outlying Marxists, when and how the insertion of their countries into Marx's capitalism abstract structure occurred it was a very important ideological topic, because they inferred from the answers of those questions their conception about the hypothetical next Revolution's protagonists and tasks. This intellectual history article abords the Marxists' debate about how the Bolivian Social Formation looks like because of the capitalism's determinations and features when Bolivia got inserted into the world economy. Since a long period of time is taken in the account, only describes the thought about the insertion issue of the main Bolivian Marxist theorists, from José Antonio Arze to René Zavaleta, who died 40 years ago. This work has been done as a homage to him. The article let's see the contribution that the debate about the "Bolivian insertion", because of its own internal dynamic, made to the Bolivian extractivism knowledge.

Keywords: Bolivia Intellectual history Marxisms Extractivism

Introducción

Marx concibió el capitalismo como una estructura que se ampliaba al reproducirse y, por tanto, tenía un alcance tendencialmente mundial (1979 [1867]). Esta tendencia emergía de la dinámica explosiva de las fuerzas productivas tras el descubrimiento de la división técnica del trabajo, que permitía la realización plena del trabajo colectivo, y de la incesante competencia entre capitalistas (2001 [1848]). Sin embargo, en la práctica, la expansión capitalista nunca fue progresiva y lineal, como quizá imaginó Marx en algún momento (no así al final de su vida). Desde la propia Inglaterra, donde el autor de *El capital* vivió la mitad de su vida, hasta su natal Alemania, de cuyo "retraso" Marx siempre se quejó, la evolución económica, incluso sin salir de Europa, era fuertemente diferenciada porque estaba sobredeterminada por la historia. Esta, siendo el verdadero objeto de estudio del materialismo histórico, nunca recibió un tratamiento sistemático por parte de Marx (Althusser, 1968 [1965]; Mayorga, 1979).

El carácter global del capitalismo impulsó una globalización paralela, la del propio marxismo, y, por tanto, el fenómeno de los "marxistas periféricos", teóricos que creaban sus teorías revolucionarias para países con

un capitalismo muy incipiente o, en cualquier caso, países cuya expansión capitalista estaba “atrasada” respecto a la de otras naciones industrializadas previamente. Para estos marxistas, los rusos o los italianos, primero, y los latinoamericanos, poco después, el momento en el que se produjo y el carácter que tuvo la inserción de sus países en eso que Zavaleta (1988 [1978]) llamaba el “modelo de regularidad” capitalista, es decir, en la estructura abstracta tendencialmente global pensada por Marx, era un asunto ideológico de gran importancia. Tal definición podía permitirles determinar la relación, que era de geometría variable, entre la formación social concreta en la que habitaban, que combinaba varios modos de producción históricos (Poulantzas, 2001 [1968]), y las “leyes universales” del capitalismo.

De esta relación deducían, usando la lógica del materialismo histórico, el papel de las clases sociales, las tareas generales que estas debían cumplir y, por último, el tipo de revolución que debía impulsarse en sus países, ya sea para lograr que la expansión capitalista terminase con éxito, o para que se diese por acabada y se sustituyese por un camino particular hacia el socialismo. Cualquiera de estas decisiones requería, en el marxismo, de una legitimación de tipo económico, ya que la premisa fundamental de la doctrina era, como se sabe, que el avance de la historia dependía de las condiciones materiales de vida y no de la subjetividad de los actores sociales (Marx, 1976 [1859]).

Dos ejemplos iniciales de trabajos sobre la caracterización de un país a través de la definición de su inserción en el capitalismo son *Nuestras diferencias*, de Gueorgui Plejánov, publicado por primera vez en 1885, y *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de V. I. Lenin, de 1899. Ambas obras descartaban que una revolución rusa pudiera dejar de lado la penetración de la industria moderna que ya se había dado en esa nación. Entonces, la revolución rusa debía ser necesariamente burguesa; para Plejánov, dirigida por la burguesía por incitación de la clase obrera, y para Lenin, dirigida por la alianza entre los obreros y el campesinado (Baron, 1976).

La presencia de marxistas en países en los que el capitalismo no solo que no estaba en las últimas, sino que carecía de profundidad alguna, de marxistas que, aun así, buscaban una revolución anticapitalista o, mejor dicho, antiburguesa, ya que de lo contrario su existencia carecía de sentido, fue

un factor subjetivo y no material de impensados efectos políticos prácticos. Y también con importantes repercusiones teóricas. En este último campo, que es el que nos interesa, el “marxismo periférico” causó una gran ramificación ideológica.

Por eso, pasar revista a la cuestión de la inserción, en este caso, en Bolivia, puede permitirnos catalogar, primero, y analizar, después, varios desarrollos ideológicos, observando sus similitudes y diferencias internas. Tal esfuerzo, por razones que se explican en el primer párrafo del presente artículo, permitirá iluminar una zona completa, la marxista, de los discursos bolivianos sobre el extractivismo nacional.

El propósito de este artículo, entonces, es elaborar la historia intelectual del debate de los marxistas sobre el tipo de formación social que creían que era Bolivia debido a las determinaciones del capitalismo mundial, como un aporte al estudio del pensamiento boliviano sobre el extractivismo. Por razones de concisión, incluye solamente a los pensadores más importantes durante un arco temporal que va de 1940, el año de la fundación del Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR) por José Antonio Arze y Ricardo Anaya, hasta la publicación póstuma de *Lo nacional-popular en Bolivia*, de René Zavaleta, en 1985 en México. Estos límites temporales son sin duda discutibles; sin embargo, existen argumentos de peso para pensar que el marxismo boliviano solo comenzó a tener cierta importancia teórica y alguna relevancia social a partir de la aparición del PIR (Abecia López, 1986; Paz Gonzales, 2020), y que el marxismo posterior a Zavaleta (Álvaro García Linera, Luis Tapia y Juan José Bautista, principalmente) pertenece a una problemática (decolonial-indianista) diferente a la del marxismo del siglo XX, por lo que debe considerarse “posmarxismo”, siguiendo la autoidentificación que realizaron Laclau y Mouffe (2006 [1985]).

La literatura considera a Zavaleta el más relevante marxista boliviano (Lazarte, 1988; Tapia, 2002; Gil, 2006 y 2016). Uno de los objetivos de este trabajo es justificar esta valoración mostrando la singularidad y sofisticación de su abordaje de la temática de la inserción de Bolivia en el capitalismo respecto del resto del pensamiento marxista boliviano; de ahí que se dedique a su planteamiento un espacio algo mayor. Queremos realizarle así un

homenaje en el 40 aniversario de su fallecimiento, que acaeció en diciembre de 1984 en Ciudad de México.

La historia intelectual se reconoce porque “se ocupa de textos”, sean estos teóricos o no (Skinner, 2014). Además, según la propuesta de Skinner, no se limita a interpretar hermenéuticamente estos textos para restablecer su sentido, un objetivo que él considera “empobrecido” y que la escuela deconstruccionista consideró utópico porque la cadena de la interpretación no tiene fin (Claros, 2017). Además, para alcanzar un grado mayor de fiabilidad, busca estudiar dichos textos como “intervenciones” de sus autores en un “debate” constituido por otros textos similares, tanto si este debate es formal, implícito o incluso inadvertido. Cada autor llega a esta “conversación” y reacciona ante lo que encuentra, es decir, descarta o apoya posiciones previas, crea nuevas perspectivas y así contribuye al conocimiento humano o, si se quiere, al de su clase, su línea ideológica, etc.

Lo que hace la historia intelectual, entonces, es suponer que cada texto, cada discurso, cada proceso significativo es un “acto” (en concreto, un acto de habla) de sus autores. Su interpretación solo puede alcanzarse relacionándolo con otros “actos” con los que está vinculado por mutuas referencias. Esto le exige al historiador intelectual prestar una particular atención a los contextos discursivos en los cuales los textos emergen, son recibidos, discutidos, etc.; en una palabra, a la “intertextualidad” (Skinner, 2014).

Esta aspiración, tomando en cuenta que pretendo revisar un periodo muy largo de producción discursiva, solo puede lograrse a largo plazo y en un espacio mucho mayor al que uso aquí. Por esta razón, pido a los lectores que, con indulgencia, consideren este artículo una primera aproximación al tema, y que valdrá la pena si permite desbrozar una pequeña porción de un terreno que hasta ahora ha permanecido casi virgen, que es el campo de los estudios marxistas bolivianos.

Presento la materia de forma cronológica. Un primer acápite habla de las primeras interpretaciones marxistas sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo, las de los “marxistas clásicos” que, con Mariátegui como antecedente, intentan aplicar el leninismo, el etapismo y el trotskismo a las características de la formación social boliviana. Seguidamente, hablo de los siguientes periodos: el desarrollista de los años cincuenta, en el que nace la

izquierda nacional, y el de la crisis del desarrollismo de las décadas de 1960 y 1970, en las que emerge el pensamiento de la teoría de la dependencia, con Marcelo Quiroga Santa Cruz como el exponente boliviano más célebre. Finalmente, se termina con la descripción de la tesis de Zavaleta sobre una “inserción no determinista”, tesis que es la más compleja y original de las presentadas.

Primeras interpretaciones marxistas sobre la inserción

El tema del libro *El otro Occidente*, de Marcello Carmagnani (2004), es lo que el autor llama la “occidentalización” de América. Dicho de otro modo: la inserción de un continente hasta entonces ajeno dentro de la estructura europea, que fue una entrada problemática porque se produjo a través de la colonización.

El primer capítulo de este libro, llamado justamente “La inserción”, está dedicado a los trágicos efectos de la Conquista ibérica sobre el Nuevo Mundo: la devastación de las poblaciones indígenas, que quitó importancia a los mercados internos, y la paralela inauguración de un modelo económico –que sería varias veces secular– orientado a la producción de materias primas y a su exportación centralizada a la metrópoli.

El comercio colonial logró interconectar la mayor parte de las zonas económicas americanas con el aún incipiente mercado mundial (Garavaglia, 1982). Hay bastante consenso en reconocer la importancia que en este proceso adquirió el capital comercial, tanto público como privado. También en que la orientación ultramarina de la economía americana, señal de la modernidad de la empresa colonizadora, al mismo tiempo introdujo y reforzó formas productivas tradicionales, esto es, diversos modos de trabajo forzado (“encomienda”, “mita”, etc.) en los que el salario no existía o era simbólico. Por tanto, no era una inserción capitalista *strictu sensu* (Laclau, 1982).

Cada zona económica colonial –por ejemplo, el área que tenía como centro a Potosí y que iba desde el norte argentino hasta el Ecuador– consistía en la interrelación de un conjunto muy diverso de actividades económicas: ganaderas, agrícolas, incluso manufactureras (la producción en los obrajes

de Cochabamba de los textiles que usaban los mineros potosinos), pero, en última instancia, se dirigía a cumplir una necesidad colonial (en este caso, la exportación de la plata) y decaía cuando ya no podía hacerlo con la misma intensidad.

El elemento predominante de la primera inserción de América Latina en la economía mundial, entonces, no fue el capital comercial, pese a su relevancia, sino el dominio colonial. De ahí que, por ejemplo, se reprimiera los comportamientos que pudieran afectar los beneficios de la Corona ibérica y, en cambio, se permitiera practicar sin sanción cualquier negocio, incluso ilegal, que no afectara el objetivo metropolitano de extracción de recursos y excedentes (Sempat Assadourian, 1982).

Si quisiéramos aplicar a este momento histórico un concepto contemporáneo, habría que decir que la economía latinoamericana colonial tenía un carácter extractivista. Este concepto significa aprovechamiento depredador de la naturaleza con el objetivo de exportar recursos naturales, los cuales no serían explotados en grandes cantidades si no los demandara un mercado extranjero (Ezquerro-Cañete, 2023).

Maristella Svampa y Emiliano Terán (2016) califican al neoextractivismo del siglo XXI como la actualización de un modelo de acumulación y apropiación de 500 años de antigüedad que comenzó, justamente, en Potosí. Ezquerro-Cañete (2023) precisa que, si bien esto es así, el extractivismo latinoamericano solo adquirió un carácter capitalista (con burgueses y obreros asalariados) en el siglo XIX.

Además de este importante cambio productivo en el siglo XIX, las economías latinoamericanas soberanas mantuvieron la orientación exportadora del modelo colonial. Sin embargo, según Carmagnani, no estuvieron tan volcadas “hacia afuera” como la historiografía convencional supone; esto significa que las exportaciones de materias primas no tuvieron un peso superior al 10% del PIB en promedio (2024: 211). En cambio, en este periodo América Latina se hizo parte del sistema financiero internacional y también modernizó sus medios de transporte; esto ayudaría a la creación de mercados internos que serían la base de los progresos del siglo XX. Otro dato fundamental en este mismo sentido es la evolución de las importaciones,

que pasaron de ser exclusivamente de consumo a ser también de bienes de capital.

El comercio internacional de los países latinoamericanos recién nacidos era muy distinto al de los virreinos. En franco contraste con una situación en la que existía un monopolio de los canales de venta y la única posibilidad de diversificación comercial era el contrabando, aquellos practicaban la “religión del comercio”. Tras algunas vacilaciones proteccionistas, las élites criollas se volcaron decididamente hacia el librecomercio. Y consideraron el papel de sus naciones en la división internacional del trabajo: su rol de productoras de “frutos naturales” y compradoras de manufacturas como el que les era natural. Por ejemplo, el presidente conservador boliviano Mariano Baptista Caserta (1892-1896) sostenía que:

Debe ser Bolivia, en el mercado general, productor de primeras materias y muy especialmente de los minerales, si se toma en cuenta su parte habitada y la extensión y fecundidad relativas de sus fuentes de producción. Su más grande oferta se constituirá, por muchos años, en oferta de metales: su constante pedido será el de artículos manufacturados, y su progreso material dependerá de este cambio. Vano es pensar que, antes de sobrevivir evoluciones seculares, que alteren el organismo económico del mundo, pueda introducirse en el movimiento general como productor fabril (citado por Lora, 1967: 142).

Esta tesis, que defendieron las élites del siglo XIX y de la primera parte del XX, hasta la Gran Depresión de 1929, fue la que en un ensayo de 2009 llamé “recursos naturales por progreso”. Latinoamérica tenía que especializarse en producir materias primas para canjearlas a los países desarrollados por avances tecnológicos, manufacturas y medios de confort. Este intercambio sería el único al alcance de los países latinoamericanos mientras estos se mantuvieran subeducados y carecieran de una organización institucional racional (Molina, 2009).

La mencionada tesis librecomercista constituye la primera concepción teórica sobre la inserción de Latinoamérica y Bolivia en la economía mundial. Aparece ya durante el propio proceso independentista, esto es, en el primer tercio del siglo XIX. Más adelante se vería respaldada por el pensamiento económico neoclásico, para el que el comercio internacional

es intrínsecamente justo, pues entrega su parte a cada uno de los actores involucrados. Las corrientes críticas que aparecerían en el siglo XX partirían de la refutación de esta y otras creencias neoclásicas, como la perfecta competencia mercantil y la dirección siempre ascendente de la acumulación económica (Devés, 2000).

Una de estas corrientes era el marxismo, que en las décadas de 1920 y 1930 tuvo como principal referente al peruano José Carlos Mariátegui, quien definió las economías americanas “orientadas hacia fuera” de entonces como “dependientes y semifeudales”. En su célebre *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1987 [1928]: 28), define así al Perú de esa época:

En el Perú actual coexisten elementos de tres economías diferentes. Bajo el régimen de economía feudal nacido de la Conquista subsisten en la sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena. En la costa, sobre un suelo feudal, crece una economía burguesa que, por lo menos en su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada.

Esta categorización se enmarcaba en las resoluciones del Segundo Congreso de la III Internacional, realizado en 1920 en la URSS. Este Congreso, todavía dirigido por Lenin y, por tanto, referencial para todas las facciones comunistas, aprobó unas “Tesis y adiciones sobre los problemas nacional y colonial”, en las que se exigía “dividir netamente las naciones en: naciones dependientes, sin igualdad de derechos, y naciones opresoras, explotadoras, soberanas” a fin de no encubrir “la esclavización colonial y financiera –cosa inherente a la época del capital financiero y el imperialismo– de la enorme mayoría de la población de la Tierra por una insignificante minoría de países capitalistas riquísimos y avanzados” (Internacional Comunista, 1977: 151, 152). Los “Estados y las naciones más atrasadas” eran aquellos en los que “predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas” (*op. cit.*: 155). En tales contextos: “la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella” (*ibid.*) y ayudar al “movimiento democrático-burgués de liberación” de estos países.

Esta tesis representaba como incompleta y, por tanto, como desigual, la inserción latinoamericana en el capitalismo mundial: la inclinación de los países hacia el capitalismo se veía obstaculizada por el desarrollo mundial del propio capitalismo, que había establecido una división internacional del trabajo que tendía a la explotación de estos países y que, a la vez, impedía la completa modernización interna de los mismos. Tal división del trabajo estaba determinada por unas relaciones de producción avanzadas que se hacían crecientemente monopólicas y que, respecto a los países semif feudales, eran imperialistas.

El resultado de este tipo de inserción había sido la aparición en Latinoamérica de economías duales, con enclaves dinámicos en las áreas más vinculadas al mercado mundial, en las que el modo de producción era capitalista, así como vastas zonas desconectadas, que languidecían en el feudalismo. Esta era la concepción que aplicaba Mariátegui al Perú. Mariátegui encontraba el origen genealógico de esta situación en la existencia de recursos naturales (el guano y el salitre en el caso del Perú). Era, por tanto, una configuración extractivista.

Aunque se podía observar una relación entre estas “dos realidades”, por ejemplo, en la vinculación de sus élites dentro de una sola clase dominante (lo veremos enseguida), esta relación no era dialéctica, es decir, transformadora. En la misma formación social aparecían dos modos de producción distintos (feudal y capitalista), cuya complementariedad solo podía ser negativa: uno resultaba demasiado débil para modernizar al otro; este, demasiado atrasado como para impulsar al primero, etc. Por tanto, se necesitaba revoluciones que cumplieran adrede las tareas que, antes del imperialismo, habían sido resortes espontáneos de las burguesías nacionales. La forma exacta que estas revoluciones alcanzarían constituía un asunto abierto después de la experiencia rusa de 1917.

Esta posición constituía la piedra fundamental de lo que Herbert Marcuse llamaría el “marxismo soviético”, es decir, del marxismo corregido o ajustado por Lenin y la Tercera Internacional para que pudiera digerir y superar el incumplimiento de algunas previsiones presentes en la obra de Marx, sobre todo aquella de que la revolución se cumpliría primero en los países desarrollados. La cuña que Lenin y otros revolucionarios introdujeron

para reequilibrar el sistema ideológico marxista era la noción de imperialismo. La teoría del imperialismo explicaba, en un mismo movimiento, por qué los obreros de los países desarrollados se habían tornado conservadores y por qué las revoluciones ya no acontecían en las potencias centrales, sino en los países coloniales y semicoloniales que luchaban por la liberación nacional y en contra de un destino extractivista.

Una década después de *Siete ensayos...*, los marxistas bolivianos también comenzaban a pergeñar interpretaciones sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo mundial, como determinante de su desarrollo de carácter extractivista. El principal introductor del marxismo en nuestro país, José Antonio Arze (2020: 213), realizaba el siguiente diagnóstico:

Cuando los conquistadores españoles llegaron a América, trajeron un nuevo tipo de civilización que transforma la técnica productiva, la masa demográfica, las formas políticas y jurídicas y la cultura. Esta antítesis española puede resumirse en una palabra: feudalismo².

Algo que, según Arze, no había cambiado hasta la época en que escribía (1939): “luego de 114 años, no es difícil comprobar que las bases de su economía [de Bolivia] siguen casi tan feudales como en tiempos de la Colonia” (2020: 216). La Declaración de Principios (1940) del partido de Arze, el PIR, era bastante más precisa sobre este punto:

En Bolivia conviven formas económicas preincaicas, del tipo casi comunista primitivo, como el ayllu, junto a formas de economía colonial, de tipo feudal, como las que rigen en los latifundios, y hasta formas del más avanzado capitalismo como las que ofrecen algunos grandes establecimientos mineros (citado por Ovando-Sanz, 1984: 109).

Nótese el paralelismo con la caracterización del Perú según Mariátegui. Esta combinación en una sola sociedad de distintas etapas de desarrollo se expresaba también en el nivel de la clase dominante, que fue catalogada como “feudal-burguesía” o “feudal-minería”: una clase dominante formada

2 La antítesis era la española porque la tesis la constituía el incario.

por la confluencia de los propietarios de la moderna minería capitalista –predominante en la economía boliviana desde la década de 1870– y los latifundistas feudales tradicionales.

Esta definición era importante porque determinaba el tipo de revolución que se pretendía que corrigiera el tipo de inserción. Durante las décadas siguientes al Segundo Congreso de la Internacional Comunista, el grueso del movimiento marxista latinoamericano –que tenía como referente al premier soviético Josef Stalin y se organizaba en los partidos comunistas de cada país de la región– interpretaría ese cuerpo teórico leninista en un sentido etapista, recuperando cierta tradición evolucionista del marxismo previo a Lenin. Admitiría la posibilidad de que las burguesías o las pequeño burguesías latinoamericanas encabezaran la transformación industrial y acabarían con las pervivencias “feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas” de sus países, al mismo tiempo que liberaban a estos de la dependencia del imperialismo.

Arze planteaba la siguiente fórmula: “En los países semicoloniales (como Bolivia), unión nacional contra el imperialismo y la feudal-burguesía interna, para realizar la Revolución Democrático-Burguesa” (1980: 50; mayúsculas en el original). Esta creencia se volvería el fondo que justificaba un repertorio diverso de alianzas políticas.

Los partidos comunistas intentarían, en la medida en que estos se lo permitieran, trabajar con los movimientos democrático-burgueses de liberación nacional que aparecerían entre los años cuarenta y los sesenta (peronismo, pazestenssorismo, velasquismo y varguismo), siempre y cuando los mismos no chocaran con los intereses de Moscú, centro al que estaban subordinados, como veremos. Los partidos comunistas afirmarían que la industrialización interna podía dar pie a la autonomización de las “semicolonias” estadounidenses y, por tanto, a la creación de las condiciones necesarias para su posterior paso al socialismo. Una consigna que, sin embargo, se usaba exclusivamente de manera propagandística (Molina, 2021).

El etapismo admitía, como hemos visto, que la superioridad del capitalismo sobre el feudalismo volvía deseable que los comunistas lucharan, así fuera transitoriamente, por aquel. ¿De dónde procedía tal jerarquía entre dos sociedades que eran, ambas, explotadoras y de clase? La dictaba

una lógica histórica trascendente, la cual permitía establecer una sucesión de modos de producción desde el comunismo primitivo, pasando por el esclavismo y el feudalismo, hasta el capitalismo y luego al socialismo. Este esquema podía variar, por ejemplo, con la incorporación de un “modo de producción asiático” o con la innovación trotskista del salto de las sociedades combinadas feudal-capitalistas al socialismo, pero siempre mantenía un carácter necesario y ascendente.

El trotskismo latinoamericano, minoritario pero bullicioso, denunciaba el etapismo como “contrarrevolucionario”, pues suponía que en la época imperialista la única clase capaz de cumplir con las tareas de la industrialización y la liberación nacional era el proletariado, que por fuerza tendría que combinarlas con sus propias tareas socialistas, lo que le daría a la revolución un carácter permanente (Trotsky, 2011 [1930]).

¿Qué decía el trotskismo sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo? Su posición era más “dialéctica”. Por ejemplo, Ernesto Ayala (1944) planteaba (inspirándose en el “Esquema de la interpretación económica”, el primero de los *Siete ensayos...* de Mariátegui) que, tras la derrota y expulsión de las fuerzas realistas del territorio americano, había cambiado la naturaleza de la inserción latinoamericana en el mundo: los países recién nacidos se habían incorporado al sistema capitalista, un paso que previamente les había estado vedado por el dominio español. Este salto, sin embargo, se frustró de partida por la rémora del modo de producción feudal en el que las colonias ibéricas se encontraban antes de su emancipación, que no era fácil de superar, y por la consiguiente debilidad del liberalismo burgués que encarnaban los ejércitos patriotas que vencieron a la Corona.

Refiriéndose al caso boliviano, Ayala señalaba que los Libertadores abjuraron muy pronto de su intención modernizadora en un sentido capitalista. La defección comenzó con su respeto a las propiedades de los realistas derrotados. Después, solo sería cuestión de tiempo para que sus tímidos intentos de suprimir el tributo agrario y la servidumbre fueran olvidados y, en consecuencia, el feudalismo y el proteccionismo coloniales se conservaran intactos hasta la década de 1870.

En 1872, la nueva República boliviana aprobó la libre exportación de la plata. En torno a esa fecha, y no por casualidad, emergieron las grandes

empresas argentíferas que la aprovecharían. Pero este momento –que historiadores como Rodríguez Ostría (2021) consideran el verdadero comienzo de la historia de Bolivia en el capitalismo mundial– dio paso, según Ayala, a una nueva capitulación de las fuerzas liberales, representadas esta vez por la minería aurífera, ante los terratenientes enraizados en el modo de producción feudal. Estos no fueron destruidos, como mandaba el esquema del materialismo histórico, sino que terminaron cooptados por la burguesía; se formó la llamada “rosca minero-feudal”, que dominaría una sociedad también mezclada, precapitalista y capitalista a la vez.

Tal era el resultado del “desarrollo desigual y combinado” que el trotskismo extrapolaba de Marx y que consideraba fundamental para la interpretación de la historia (Trotsky, 2011 [1930]). El trotskismo boliviano explicaba la esterilidad y cobardía de la burguesía minera de la plata por la presencia en la economía mundial de los imperialismos estadounidense y europeo, que impedían que esta clase creara industrias, lo que no hubiera convenido a su monopolio mundial de bienes manufacturados. En esas circunstancias, la burguesía minera boliviana, incapaz de expandirse, se hacía subalterna y no podía aspirar a otra cosa que a un papel subsidiario dentro del mecanismo extractivista del capitalismo (cf. Molina, 2021).

Sigamos con los autores trotskistas. El documento ideológico-sindical más importante de la historia de Bolivia, la Tesis de Pulacayo, escrita por Guillermo Lora y aprobada en noviembre de 1946 por el congreso realizado en esta localidad por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, que había sido fundada dos años antes, planteaba el siguiente diagnóstico:

Bolivia es país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista, y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico. De esta evidencia arranca el predominio del proletariado en la política nacional (Lora, 1994a: 120).

Aquí se da un paso más allá de la Declaración de principios del PIR. No solo se describe una economía combinada, sino que se afirma que, dentro de esta “amalgama”, predomina cualitativamente (es decir, no numéricamente)

el capitalismo. En “Los objetivos democrático-burgueses y la revolución boliviana”, escrito paralelamente a la Tesis, Lora explicaba esta fórmula –“Bolivia es país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista”– de una manera más elaborada y en oposición a la caracterización de Bolivia como “país feudal” hecha por José Antonio Arze. Lora argumentaba contra esta definición que “el esquema ‘esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo’ [...] con esa pureza solamente existe en los textos, porque en la realidad una etapa siempre aparece arrastrando las huellas de la precedente y mostrando los gérmenes de la futura” (1994b: 355). Así que apelaba a la “ley del desarrollo desigual”, que podía dar una imagen mucho menos mecánica de la sociedad boliviana. Y se aproximaba a configuraciones marxistas posteriores, como la del “abigarramiento” de René Zavaleta: “Bolivia aparece como la síntesis de todo el desarrollo de la humanidad, desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo, pasando por la esclavitud y el feudalismo” (*op. cit.*: 357-358).

Este pasaje audaz es una excepción en la obra lorista y seguramente se debió a la juventud del autor de “Los objetivos democrático-burgueses y la revolución boliviana”. Tanto en este mismo texto, como posteriormente en sus muchos trabajos sobre este tema, Lora defendió mayormente la existencia de una economía dialécticamente dual: “La sociedad boliviana es una unidad dialéctica conformada contradictoriamente por una parte de la comunidad que produce mercancías para el mercado y la otra, bienes de uso para el consumo. La interrelación de estos extremos define su desarrollo económico (*op. cit.*: 357)”.

Hay “dos economías” que se interrelacionan y contradicen entre sí. La superación de esta contradicción en Lora será desarrollista, como en todos los marxistas de la primera parte del siglo XX, que a ratos sonaban a este respecto igual que los liberales. Lora afirmaba que: “Todos están de acuerdo con que Bolivia debe superar su estado actual de atraso e incultura. El problema de pasar de la barbarie a la civilización constituye un tema de permanente actualidad” (1994b: 353). Arze y el PIR querían lo mismo; por ejemplo, “civilizar” a los pueblos indígenas (lo que les criticaba Ovando, 1984).

Aplicando la concepción que acabamos de exponer, la Tesis de Pulacayo caracterizaba a Bolivia como un país capitalista atrasado y parte de la economía mundial. En “Los objetivos democrático-burgueses y la revolución boliviana”, Lora (1994b: 356) explicaba que

esta caracterización [...] supone dos cosas fundamentalmente: por una parte, reconoce la coexistencia de varios modos de producción, el capitalista a lado de los precapitalistas, y por otra, que Bolivia ya está viviendo su experiencia capitalista como rezagada, parcial.

¿A qué se debía esto último?

La raíz de las peculiaridades bolivianas se encuentra en el hecho histórico de que el capitalismo no alcanzó a generarse internamente (que de ser así habría barrido toda forma de económico-social precapitalista de los Establos de Au-gías), sino que vino debidamente desarrollado como fuerza invasora bicéfala (generando progreso y estancamiento) (*op. cit.*: 357).

Esta formulación anticipa la de la “teoría de la dependencia” de los años sesenta, la cual se ocupó de la inserción latinoamericana en el capitalismo en oposición al etapismo comunista. Más adelante hablaremos de ello. Lora admite que un desarrollo autónomo de Bolivia pudo haberse producido en algún momento de la historia boliviana, pero no hubo tiempo para eso:

El capitalismo que ingresa francamente al país [a fines del siglo XIX] se estaba convirtiendo en monopolista, en imperialista. No vino para servir al país, para arrancarlo globalmente del atraso, sino para explotarlo y dominarlo política-mente, obedeciendo a los intereses de la metrópoli (1994b: 362).

Llegamos tarde al reparto del mercado mundial y desde fuera nos incorporaron autoritariamente a la división internacional del trabajo: en el futuro debíamos exportar materias primas, a fin de poder comprar mercancías enviadas por las metrópolis capitalistas (*ibid.*).

Es decir, se trata de la tesis librecambista, pero como imposición violenta y no como arreglo natural.

En suma, para Lora Bolivia es un país de economía combinada y atrasada, en la que el capitalismo es parcial, pervive el feudalismo y otras formas de producción precapitalistas, y está presente el imperialismo. Ya sabemos que el tipo de revolución que correspondía con esta caracterización era una distinta que la del etapismo: una revolución acaudillada por el proletariado y de orientación socialista, no burguesa. En esto también se parecía el trotskismo con la teoría de la dependencia que vendría después.

De la “economía hacia fuera” a la “economía hacia adentro”

La tesis librecambista sobre la inserción latinoamericana, que naturalizaba el rol de Latinoamérica como productora de materias primas a cambio de manufacturas, fue la ideología hegemónica durante el siglo XIX y hasta los años treinta del siglo XX. En esta década terminó siendo superada por los acontecimientos económicos. La Gran Depresión, primero, y la Segunda Guerra Mundial, después, crearon las condiciones necesarias para que algunos latinoamericanos (o europeos asentados en Latinoamérica), aprovechando los mercados internos que se habían ido generando con el tiempo, instalaran industrias para sustituir las importaciones que habían desaparecido por la ruptura de los canales comerciales tradicionales y la destrucción del aparato productivo europeo en ese momento.

No se necesitó de “evoluciones seculares” ni de “otras” poblaciones latinoamericanas para que aparecieran industrias nacionales en la región. En ese momento la ideología librecambista perimió y comenzó un largo periodo de “crecimiento hacia adentro”, que Carmagnani (2004: 319, 320) ubica entre 1940 y 1972. En este periodo la participación de la industria en el crecimiento del producto interno de los países latinoamericanos fue mucho más elevada que el de las exportaciones de materias primas.

Durante estas tres décadas la principal fuerza dinámica del crecimiento latinoamericano fue la producción industrial. Entre 1940 y 1970 la cuota de la industria en el PIB fue aumentando rápidamente y, especialmente en el periodo 1945-1972, la producción industrial registró altas tasas de crecimiento (para el caso boliviano, véase Seoane, 2016 y Rodríguez Ostria, 1999).

Este resultado se debió a las políticas proteccionistas (y, por tanto, intervencionistas) que promovieron las burguesías que habían surgido a raíz del proceso industrializador que acabamos de mencionar. Estas burguesías, llamadas “nacionales” por oposición a las que se orientaban hacia las exportaciones, dominaron hasta la llegada del neoliberalismo en la década de los años ochenta, pero se puede decir que el momento clásico de su ideología se dio en los años cincuenta.

Esta década vio la emergencia de los movimientos nacionalistas (el pazestensorismo boliviano, el peronismo argentino y el varguismo brasileño), que, como ya anticipamos, recibieron el apoyo de los comunistas etapistas. En Bolivia estalló la Revolución Nacional de 1952 y, para ilusión de los etapistas y desencanto de los partidarios de la revolución permanente, comenzó a cumplir las “tareas democrático-burguesas” establecidas por ambas corrientes como imprescindibles para el país.

También en los años cincuenta se produjo el derrumbe de los imperios coloniales europeos y la consiguiente aparición de una gran cantidad de países que comenzaron a ser llamados “en vías de desarrollo” y del “tercer mundo”. Esto incitó el surgimiento de la teoría del desarrollo estadounidense (Fukuyama, 2014), que era fuertemente determinista y desarrollista, como el marxismo, pero se orientaba en contra de este (Dos Santos, 2003).

Los *scholars* (académicos) norteamericanos influyeron sobre las ciencias sociales latinoamericanas, que describieron el giro “hacia adentro” e industrialista de la economía regional como el movimiento de modernización que requería el continente para terminar con sus rémoras feudales y superar su dependencia del norte industrializado. Esta dependencia fue señalada por la principal fuente de pensamiento económico de entonces, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dirigida por el argentino Raúl Prebisch, como la diferencia entre los precios de las materias primas –los productos que Latinoamérica había sido históricamente condicionada a producir– y los bienes de capital creados por los países de industrialización temprana. Para Prebisch, la diferencia de los términos de intercambio³, que

3 Relación entre la exportación de materias primas y la importación de manufacturas, cuyo carácter adverso para Latinoamérica fue la piedra basal de la teoría de la CEPAL.

descapitalizaba a América Latina, es decir, que consumía su excedente, se podía superar por medio de la industrialización para “sustituir importaciones” (Devez, 2000).

Theotonio Dos Santos lo describe como un periodo de “gran optimismo” sociológico. El cientista social brasileño resume así el talante ideológico de esa época:

(1) Se supone [entonces] que desarrollarse significa dirigirse hacia determinadas metas generales correspondientes a cierto estadio de progreso del hombre y de la sociedad, cuyo modelo se abstrae de las sociedades más desarrolladas del mundo actual [...]

(2) Se supone que los países subdesarrollados marcharán hacia esas sociedades cuando eliminen ciertos obstáculos sociales, políticos, culturales e institucionales representado por las “sociedades tradicionales”, los “sistemas feudales” o los “restos de feudalismo”, según las distintas corrientes.

(3) Se supone que es posible distinguir ciertos procedimientos económicos, políticos y psicológicos que permitan movilizar de forma más racional los recursos nacionales (Dos Santos, 1973: 15).

¿Cuáles son estos procedimientos? La industrialización o, para decirlo de un modo más general que incluya más comprehensivamente a Bolivia, “el cambio desde un ‘desarrollo hacia afuera’ hacia un ‘desarrollo hacia adentro’”, que se definía como las transferencias de las decisiones del desarrollo hacia el interior de las naciones latinoamericanas y el “cambio de un desarrollo inducido por las situaciones incontrolables del comercio mundial hacia un desarrollo nacional planeado por el propio poder nacional” (*op. cit.*: 23). Esto en Bolivia se concebía bajo la forma de la “nacionalización” no solo de los principales medios de producción, las minas, sino del país en su conjunto (Zavaleta, 1990).

El efecto previsto de la industrialización, continúa Dos Santos, era el debilitamiento de las oligarquías orientadas hacia fuera (latifundistas, dueños de minas y comerciantes exportadores) que habían controlado las sociedades latinoamericanas desde siempre (en Bolivia, la eliminación de la “rosca minero-feudal”) y la redistribución del poder y del ingreso entre las clases

medias y los trabajadores, de modo que al Estado nacional independiente corresponda una sociedad también nacional.

Vemos entonces que el “espíritu” de este tiempo correspondía, en general, en el plano ideológico, con el nacionalismo revolucionario boliviano (Antezana, 2011), que estaba en su auge, y con el nacimiento de la izquierda nacional, una combinación de etapismo marxista y de nacionalismo que inventó el escritor argentino Jorge Abelardo Ramos y que tuvo gran influencia sobre Bolivia y, en particular, sobre el René Zavaleta nacionalista, como puede verse en la depurada síntesis de su obra de esta etapa de su pensamiento: *La formación [El desarrollo] de la conciencia nacional* (1990 [1967]).

Recuperando la posición de otros teóricos nacionalistas previos, como el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, cuyas principales obras son de los años treinta, Ramos planteaba que en Latinoamérica no se podía seguir a ciegas a Marx porque este, por razones biográficas, “no había llegado a comprender el capital financiero (Marx murió en 1881, al comienzo de la década en la que hace su aparición el capitalismo contemporáneo)” (Ramos, 2022: 9). Por tanto, el argentino recuperaba el marxismo post Marx, leninista (o “soviético”, como ya vimos), que cifraba el futuro de la revolución mundial tras el aburguesamiento de los obreros europeos y estadounidenses en la lucha de los países coloniales y semicoloniales contra el imperialismo. Citaba a Lenin: “¿Cuál es la idea más fundamental e importante de nuestras tesis [sobre la “cuestión nacional”]? La distinción entre pueblos oprimidos y pueblos opresores”. Y luego continuaba:

Entre ese apéndice del Asia llamado Europa, brillante y refinado y que poseía todas las primicias de la civilización, y el resto del mundo, colonial y semicolonial, había un abismo económico, cultural y social. Este último era atrasado porque los europeos eran civilizados. La civilización de Europa se fundaba en el atraso del resto del globo (Ramos, 2022: 17).

Ya vimos que teóricos trotskistas como Ayala y Lora hablaban de “desarrollo desigual y combinado”. Ahora bien, en esa constelación intelectual, la combinación entre un tipo de economías más avanzado y otro más atrasado implicaba que en Bolivia, desde fines del siglo XIX –fecha en la que

el imperialismo penetró en la economía nacional—, este cumplió una labor destructiva, especialmente de la “raqútica industria fabril heredada de la Colonia”, pero también otra constructiva:

Mientras conserva la barbarie agraria, el piojo y la servidumbre, industrializa también, imponiéndonos la última palabra de la técnica contemporánea de producir y convirtiéndonos en un país mono-productor de substancias minerales. Así se perfila nuestra sociedad feudal-burguesa. Feudal-burguesa, en efecto, porque “combina” —predominantemente— las formas de producción feudal (artesanado en las ciudades y servaje en el campo) y las formas de producción capitalista (alta técnica en la industria minera, en algunas fábricas, etc.) (Ayala, 1955: 25).

Ramos negaba categóricamente esta afirmación con un razonamiento antidualista que rompía con el pensamiento tradicional de la izquierda, es decir, con el de etapistas y permanentistas. Ramos (2022: 10) consideraba que el ingreso del imperialismo a un país no era en absoluto progresista:

En tiempos de Marx parecía legítimo esperar que en la carrera triunfal del capitalismo metropolitano europeo hacia los continentes periféricos, esa expansión de las fuerzas productivas originase la implantación del régimen de producción capitalista en todo el planeta y, a su vez, la formación de un proletariado mundial capaz de poner fin a ese régimen. Pero cien años más tarde, a la luz de la experiencia china, rusa, cubana o europea, era totalmente evidente que se habían creado dos mundos históricos y sociales opuestos: los países opresores y los países oprimidos.

Porque nos convertía en “un país mono-productor de substancias minerales”, es decir, nos volvía extractivistas, la penetración del imperialismo era todo menos un progreso; era una condena. En una entrevista de prensa en 1967, el año de aparición de su libro nacionalista más importante, Zavaleta (2015: 25) declaraba una corta frase que sintetizaba su coincidencia con Ramos:

La lucha histórica se libra en último término entre la nación, que es el pueblo nuestro a través del transcurso del tiempo, y el invasor o ocupante a quien

también se llama –debidamente– antipatria. La contradicción esencial se libra entre la nación y la antinación.

La crisis de los años sesenta-setenta

El optimismo desarrollista no estaba destinado a durar. En los años sesenta, señala Dos Santos (1973: 13):

América Latina sufre una crisis profunda. En el plano económico, esa crisis se caracteriza sobre todo por un estancamiento que permite distinguir la década de 1960 de los años optimistas de la década anterior; en el político, ella está marcada por los sucesivos golpes de Estado y la crisis institucional, además de los movimientos populares cada vez más radicales; en el social, se halla caracterizada por la profunda conciencia de que es necesario realizar reformas estructurales. También existe una crisis ideológica, definida por el choque de posiciones divergentes coexistente con una perplejidad manifiesta en sectores sociales muy amplios.

En lo que nos atinge, la crisis ideológica se manifestó en el quiebre de las esperanzas que había despertado la Revolución Nacional. Esta había ido perdiendo sus perfiles más progresistas, dependía de una manera fundamental de la ayuda norteamericana⁴ y, por tanto, no había logrado uno de sus principales objetivos: la “liberación nacional” del imperialismo⁵.

La principal medida económica que se había puesto en práctica para lograr esta meta era la nacionalización de las minas de los tres “barones

4 La Revolución fue en parte un resultado de la debilidad y el desorden de la economía, y a la vez afectó tan duramente a la propia economía que su principal líder, Víctor Paz Estenssoro, tuvo que reconocer que Bolivia habría colapsado sin la ayuda que comenzó a recibir de Estados Unidos en 1953, luego de que este país suspendiera el bloqueo a las exportaciones bolivianas que había realizado para obligar al Gobierno revolucionario a indemnizar a los propietarios que había nacionalizado (“Mensaje al Congreso de 1956”. Citado en Zegada, 2005).

5 “No basta con que comprobemos su acción [del imperialismo]. Lo importante es asumir una actitud de beligerancia; porque de nada servirá admitir la realidad de este hecho si luego estamos sometidos al servilismo que nos impone” (Paz Estenssoro, 2003a: 24).

del estaño”. Esta medida condensaba el programa revolucionario respecto a los recursos naturales, que sintéticamente consistía en el uso de estos por parte del Estado para financiar el desarrollo diversificado de la economía y para distribuir la renta del subsuelo (o el excedente nacional) a los sectores estratégicos de la innovación industrial y entre los bolivianos excluidos y necesitados (Paz Estenssoro, 2003b).

Al final del primer ciclo de la Revolución, hacia 1964, la nacionalización de las minas presentaba un conjunto de problemas económicos estructurales, que el ajuste de 1956 había aliviado pero no resuelto. En torno a las minas estatales había aparecido un conjunto de “clientes” que buscaban acceder directamente a la mencionada renta por diferentes vías. Gracias a sus contactos políticos con los Gobiernos revolucionarios, los “mineros medianos” se estaban apropiando de muchos yacimientos estatales, mientras que –con los yacimientos que administraba directamente, y que estaban en declive geológico– la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) debía mantener a una agrandada planta de trabajadores, pagar su propio funcionamiento, hacer inversiones y satisfacer múltiples necesidades del Estado, por ejemplo las emergentes de la modernización del oriente del país. A estas alturas, la evolución de la industria minera boliviana apuntaba hacia una privatización cada vez mayor y hacia un retorno al proceso de acumulación privada con fuga de capitales que se había dado antes de 1952 y que la Revolución pretendió superar (Canelas, 1981).

Pese a que la situación económica de los años sesenta fue bastante mejor que la de la década previa, el golpe “restaurador” de René Barrientos en noviembre de 1964 llevó a su desenlace la crisis terminal del primer ciclo revolucionario, dirigido por el MNR, e inició su segunda y última fase militar, que se constituyó en un capitalismo de Estado desarrollista (Mansilla, 1994) y orientado a beneficiar a los “clientes” de la élite, en desmedro de los “clientes” populares, aunque sin olvidarlos del todo.

En este momento, el sistema ideológico nacionalista revolucionario (NR) se volvió inadecuado respecto a la realidad y menos convincente como guía del futuro, lo que abrió paso a una crítica marxista del mismo, que era diferente de la que se había dado antes y durante la Revolución. Esto mismo ocurrió en toda Latinoamérica, como ya vimos con Dos Santos.

En las décadas de 1960-1970 surgieron alternativas a esta corriente, como la “teoría de la dependencia” y otros marxismos heterodoxos. En Bolivia aparecía la que podemos llamar “estructura discursiva post-NR”, situada en la encrucijada entre el NR, que se iba dejando, y el marxismo heterodoxo, que se iba adoptando.

Sergio Almaraz (1928-1968), René Zavaleta (1937-1984) y Marcelo Quiroga Santa Cruz (1931-1980), cuya mayor producción teórica se dio en las décadas de 1960 y 1970 del siglo XX, fueron los más destacados autores de la misma. Sus obras aparecieron durante estos veinte años como una referencia intelectual sobre el fracaso de la Revolución para liberar a Bolivia de su posición de dependencia dentro del capitalismo, sobre las paradojas del desarrollo económico boliviano basado en recursos naturales no renovables y sobre el socialismo como respuesta integral al subdesarrollo nacional, entre otras temáticas muy importantes para la comprensión del país desde una perspectiva de izquierda.

Estas obras reflejaban los cambios que se producían en esos veinte años en Latinoamérica, la radicalización política de los jóvenes y los cristianos, tras la Revolución Cubana de 1959 y el Concilio Vaticano II, la renovación del marxismo por las purgas y batallas internas en los países del socialismo real, por la difusión de textos que habían estado cancelados, como los de Lukács y Gramsci, y por la aparición de teóricos heterodoxos, como Jean Paul Sartre, Luis Althusser y, en la región, de los marxistas “dependentistas”.

Almaraz, Zavaleta y Quiroga tomaban del desarrollismo de la segunda posguerra que el progreso de Bolivia requería que el país acumulara e invirtiera las cantidades más altas posibles de capital. Al mismo tiempo, consideraban que la única fuente de capital en una nación como la boliviana era la renta del subsuelo y de la tierra, que llamaban “excedente”. El desarrollo se podría lograr, entonces, en la medida en que se pudiera usar el excedente del país en la industrialización y el avance de las fuerzas productivas (endogenismo). Pero esto no ocurría por la orientación hacia fuera de esta renta, a causa de una serie de razones de orden internacional y nacional. La causa del atraso o subdesarrollo boliviano era, entonces, la constante salida de capitales del país a través de los canales del modo capitalista de producción, circulación y consumo, el cual se había convertido

en extractivo del excedente (o extractivista) en la fase del imperialismo. La contención de la fuga del excedente, por tanto, requería la superación del capitalismo como tal.

Aquí solo analizaremos la posición de Quiroga y Zavaleta sobre la inserción de Bolivia, ya que son los únicos que murieron considerándose marxistas. Comencemos con Quiroga, para finalizar con el aporte más completo de todos, que es el de Zavaleta. Tomemos en cuenta que, como ya hemos anticipado, en esta época en Latinoamérica surgió un pensamiento que, influido por Haya de la Torre y Jorge Abelardo Ramos, es decir, por la izquierda nacional, se concebía como el primer marxismo capaz de transformarse a sí mismo a partir de la realidad latinoamericana; que no veía al marxismo como un producto europeo concluido que los latinoamericanos solo debían importar. Implicaba una crítica de las teorías que veían a Latinoamérica como “atrasada”, puesto que solo le faltaría tiempo para repetir los procesos que ya habían desarrollado los países “avanzados” en los siglos de formación del capitalismo europeo.

Con esta corriente, América Latina comenzaría a cuestionarse su caracterización como feudal, semifeudal o dual con un área moderna y otra feudal que introdujeron los comunistas, como vimos, en las tesis de su Congreso de 1920, y que posteriormente reprodujeron los trotskistas con algunos énfasis, y que se reflejó también –sin tomar en cuenta la cuestión de los modos de producción– dentro del desarrollismo “burgués”.

Este cuestionamiento sesentero provendría de los teóricos marxistas de la dependencia –hubo algunos dependentistas que no fueron marxistas, como Fernando Enrique Cardozo (cf. Dos Santos, 2003)–, y animaría uno de los grandes debates intelectuales de la historia del pensamiento continental: la polémica sobre los modos de producción latinoamericanos (Sempat Assadourian *et al.*, 1982). Este debate fue descrito así por uno de sus protagonistas:

El debate acerca de los orígenes y la naturaleza actual de las sociedades latinoamericanas ha girado a lo largo de la última década [la de 1960], en el campo de la izquierda, en torno a la determinación alternativa de su carácter feudal o capitalista. Se ha desarrollado así una larga y compleja discusión, cuya importancia

no es disminuida por la confusión conceptual que a menudo la ha dominado. Y esta importancia no se limita al plano teórico, dadas las conclusiones políticas que ambas partes intervinientes en el debate han derivado de sus premisas. En efecto, aquellos que sostienen que las sociedades latinoamericanas han tenido un carácter feudal desde sus mismos orígenes, entienden por tal una sociedad cerrada, tradicional, resistente al cambio y no integrada a la economía de mercado. En tal caso, estas sociedades no han alcanzado aún su etapa capitalista y están en vísperas de una revolución democrática burguesa que estimulará el desarrollo capitalista y romperá con el estancamiento feudal. Los socialistas deben, en consecuencia, buscar una alianza con la burguesía nacional y formar con ella un frente unido contra la oligarquía y el imperialismo. Los defensores de la tesis opuesta sostienen, en cambio, que América Latina ha sido siempre capitalista, ya que desde el periodo colonial estuvo plenamente incorporada al mercado mundial. El presente atraso de las sociedades latinoamericanas sería, precisamente, la consecuencia del carácter dependiente de esta incorporación. Puesto que ellas ya son, en consecuencia, plenamente capitalistas, no tiene sentido postular una futura etapa de desarrollo capitalista. Es necesario, por el contrario, luchar directamente por el socialismo, en oposición a una burguesía que, definitivamente integrada al imperialismo, forma con él un frente común contra las clases populares (Laclau, 1982).

Los dependentistas, cuyos mayores exponentes fueron el brasileño Ruy Mauro Marini y el alemán André Gunder Frank, suponían que el principal mal de Latinoamérica era su incorporación al capitalismo, no que esta incorporación no fuera plena. Pensaban que el subdesarrollo latinoamericano era un resultado del carácter imperialista de la economía mundial, por lo que el subdesarrollo no era la falta de desarrollo, sino su producto. ¿Había desarrollo en estos países? Sí, pero era “el desarrollo del subdesarrollo”, una famosa expresión de Gunder Frank que, aunque parezca un trabalenguas, tiene profundidad y refleja muy bien, por ejemplo, la historia económica de Bolivia.

La teoría de la dependencia es amplia y compleja. Aquí solo rescataremos de ella lo que atinge a nuestro objeto de estudio: la inserción –en este caso latinoamericana– a la economía capitalista mundial. Para ello emplearemos a Gunder Frank, que parte de la siguiente premisa:

La estructura colonial y de clases de Latinoamérica es el producto de la implantación en ella de una economía de exportación ultraexplotativa y dependiente con respecto a la metrópoli, que restringe el mercado interno y que, para la lumpenburguesía productora y exportadora de productos primarios, crea intereses económicos tendentes a generar una política del subdesarrollo –o del lumpendesarrollo– para la economía en su todo (Frank, 1972: 24).

La lógica del esquema de Frank es, entonces, la siguiente: la implantación colonial/imperialista del extractivismo en determinada sociedad restringe el mercado interno y la industrialización, y produce una “lumpenburguesía” extractivista que está interesada en la continuación del extractivismo antes que en desarrollar la economía nacional. De lo que Frank colige que:

- a. La estructura agraria latinoamericana⁶ no es feudal; depende del comercio internacional capitalista.
- b. La independencia latinoamericana de la corona española fue obra de los exportadores criollos que aprovecharon las guerras napoleónicas para ampliar sus actividades exportadoras por su cuenta. (Esto mismo, recordemos, también está en Mariátegui y en Ayala). Esta expansión exportadora solo aumentó la dependencia económica de los países que acababan de nacer.
- c. El librecambio del siglo XIX resultó de la victoria de la lumpenburguesía exportadora, prometrópoli, sobre los sectores “industriales” protectionistas, más nacionalistas. El librecambio o economía hacia afuera “aumentó la dependencia con respecto al exterior y profundizó aún más la estructura del subdesarrollo en Latinoamérica” (Frank, 1972: 25).
- d. El liberalismo en los países latinoamericanos estuvo asociado al éxito de las burguesías exportadoras del siglo XIX. Frank considera al liberalismo una ideología proimperialista. El éxito exportador, por tanto, no conduce a la liberación del imperialismo.

6 André Gunder Frank está pensando sobre todo en países productores de materias primas agrícolas.

- e. “La lumpenburguesía se hizo socio menor del capital extranjero e impuso otras nuevas políticas de lumpendesarrollo que a la vez estrecharon la dependencia con respecto a la metrópoli imperialista” (*op. cit.*: 26).
- f. Las dos guerras mundiales del siglo XX desconectaron a las lumpenburguesías exportadoras de la metrópoli y crearon, en consecuencia, el “nacionalismo burgués” y procesos de industrialización en los países latinoamericanos. “Sin embargo, este desarrollo se vio limitado por la estructura de clase de la lumpenburguesía, que estos países habían heredado de su condición de dependencia anterior, y por la recuperación de la metrópoli imperialista a partir de los años 1950” (*ibid.*).
- g. El sector industrial que apareció en Latinoamérica se subordinó también al “neoimperialismo”, que es el imperialismo que admite cierta industrialización en las sociedades latinoamericanas, con lo que no se avanzó nada. El único verdadero desarrollo para América Latina es el “desarrollo socialista”.

Por supuesto, entre la teoría radicalmente dependentista de Frank y las tesis dualistas sobre el carácter feudal de la región, hubo en esta época varias posiciones intermedias y también alternativas. Una visión que recogía la teoría de la dependencia, orientándola en un sentido práctico, de lucha política, fue la del líder socialista boliviano Marcelo Quiroga Santa Cruz (1982).

El dependentismo práctico boliviano planteaba lo siguiente: si el problema latinoamericano era la orientación extractivista de la economía, y si esta imposibilitaba aprovechar la renta de los recursos naturales en el desarrollo interno, ya que creaba una burguesía exportadora cipayá cuyos intereses de clase eran siempre extractivistas, o una burguesía industrial débil que, en último término, también parasitaba de la exportación de materias primas, entonces la política socialista debía apuntar a cortar el traspaso de la renta a la metrópoli, esto es, a la nacionalización de las empresas exportadoras. Quiroga Santa Cruz intentó aplicar esta concepción en 1969 cuando, como ministro de Petróleo del Gobierno del general Alfredo Ovando, nacionalizó la Gulf Oil Company. Luego, en los años setenta, en la oposición a la dictadura de Hugo Banzer, luchó contra la dependencia extractivista del país.

Los recursos naturales no renovables son el pan de hoy y el hambre de mañana. Esta condición dual de la explotación de los recursos minerales [...] los pueblos coloniales y las naciones dependientes [la] conocen y sufren inmemorialmente (Quiroga Santa Cruz, 1982: 1).

¿A qué se debe esto? “El crudo que salió barato retorna, como el hierro, el cobre, como todos los recursos naturales, insoportablemente caro” (*op. cit.*: 4). Se refiere a la diferencia en los términos de intercambio entre materias primas y objetos manufacturados que insistía en denunciar el desarrollismo de la CEPAL. “Pero es que de esto se trata, precisamente. Alguien tiene que subvencionar el costo de la transformación industrial y ceder valor a la acumulación capitalista. Si no lo hacen los dueños originarios del petróleo o los minerales, ¿de qué vivirán los industriales bienhechores de la metrópoli?” (*ibid.*).

La injusticia de los términos de intercambio, que favorecen siempre a los países desarrollados, se debe a la división internacional del trabajo, que condena a países como Bolivia a “la función de meros exportadores de materias primas” (*ibid.*) La CEPAL (la alude sin nombrarla) es “candorosa” al creer que esta contradicción estructural podría conciliarse. En especial si ese acuerdo lleva a las sociedades latinoamericanas a aceptar “una receta que agudizaría la postración económica y la subordinación política: la apertura irrestricta de nuestros recursos naturales a la explotación por el capitalismo monopólico extranjero” (*op. cit.*: 5). Camino que solo lleva a la “descapitalización de la economía” y la “desnacionalización de sus sectores básico y estratégico” y a la agudización del problema de los términos de intercambio (*ibid.*).

Tampoco la otra receta cepalina, la de la sustitución de importaciones, conducía a nada: los países latinoamericanos de mayor desarrollo “se enajenan tras la quimera de una diversificación industrial a la que concurren con materia prima y mano de obra baratas, pero cuya economía sigue bajo el control efectivo del capital financiero internacional” (*op. cit.*: 6). Quiroga coincide, entonces, con Frank.

La conclusión de esta premisa es la siguiente: se trata de una lucha por todo o nada. Algún Gobierno popular, por “un acto excepcional de dignidad

nacional”, podía nacionalizar “algunos enclaves imperialistas”, pero “esos ejercicios atrevidos de una soberanía intermitente” eran, “por aislados, efímeros y reducidos a la fase de menor rentabilidad relativa –la extractiva–, débiles golpes que la metrópoli absorbía sin conmoverse” (*ibid*). Esta seguía controlando “el transporte, la fundición o la refinación y la comercialización internacional de la riqueza revertida al dominio de un Estado que se muestra capaz de liberarse de una empresa imperialista pero todavía no del imperialismo mismo” (alusión a la nacionalización de las minas en 1952 y de la Gulf ejecutada por él mismo en 1969) (*op. cit.* 7). Se trataba, entonces, de “liberarse del imperialismo mismo”, de una revolución que fuera más allá de la que había fracasado en 1952. En esto también Quiroga coincidía con la escuela marxista del dependentismo.

René Zavaleta y la inserción no determinista

“¿Por qué las mayores riquezas de Bolivia son las que el país ha perdido?” Esta pregunta es una paráfrasis de las que se hizo Zavaleta en el mismo sentido a lo largo de su vida. También puede plantearse de la siguiente manera: ¿Por qué Bolivia pierde, una y otra vez, sus recursos naturales? E incluso cuando los retiene por medio del Estado, como hizo la Revolución Nacional⁷, ¿por qué esta conquista no llega a ser un medio para la realización de la nación?

Zavaleta ensaya varias repuestas, en un proceso de continua maduración. La primera, consignada en *La formación [El desarrollo] de la conciencia nacional*, la sostiene en común con el resto de la izquierda. Señala que los recursos naturales nunca sirvieron para el desarrollo general porque fueron acaparados y despilfarrados por una casta “jibarizada” por las empresas y los países extranjeros, es decir, por el imperialismo, incapaz de anteponer los más altos intereses colectivos a sus apetitos de pandilla y las órdenes del extranjero (Zavaleta, 1990 [1967]).

7 O el llamado “proceso de cambio” 2006-2019.

El problema de esta definición es que no cierra el debate, sino que conduce a otra pregunta mucho más difícil de responder: ¿por qué otras burguesías tercermundistas lograron eludir estas fuerzas opresivas y encontraron una forma de construir una economía más próspera que la boliviana? ¿Cuál es el factor interno en la ecuación del imperialismo? Zavaleta era plenamente consciente de esta dificultad. En su primera fase como marxista, entre 1971 y 1974 (cf. Molina 2024), todavía se apegaba a las generalizaciones economicistas, del tipo: más-presencia-del-capital-financiero-menos-desarrollo. Pero luego pensaría las cosas nuevamente.

En su libro póstumo, en el que resume su marxismo más avanzado, *Lo nacional-popular en Bolivia* (1986), dedicaría un capítulo a estudiar y diferenciar la manera en que concurren a la Guerra del Pacífico Perú y Bolivia, por un lado, y Chile, por el otro. O a cómo estos pueblos “viven la guerra”. Allí hará especial hincapié en aquello que diferencia a una formación social de otra. Perú estatizó el salitre varias décadas antes de la Guerra del Pacífico. Sin embargo, fue Chile la nación que concurrió al conflicto mejor alineada en torno a su Estado. Los capitales ingleses residían en toda la costa andina, no solo en Chile; si los ingleses respaldaron a este país se debió a que eligieron hacerlo, y esto a su vez tuvo su origen en la peculiar naturaleza de Chile, es decir, en una condición preexistente a la guerra, al guano y el salitre, e incluso al imperialismo británico. Chile ya era Chile antes de la Guerra. Por esta razón los británicos, pragmáticamente, lo escogieron como aliado. El imperialismo fue, entonces, la variable dependiente y no la causa de todo.

Zavaleta afirma, entonces, que a fines del siglo XIX, dentro de una misma situación de dependencia compartida por Perú, Bolivia y Chile, este último país logró un margen de autonomía que los otros dos no tenían. Evidencia así, por consiguiente, que la presencia del capital financiero foráneo, que está en los tres países, y quizá menos en el más débil de ellos, Bolivia, no resuelve el enigma. Así Zavaleta supera el determinismo del marxismo previo. ¿Puede decirse –se pregunta– que del enfrentamiento entre dos países saldrá siempre victorioso el mayor producto interno bruto? No –responde–. Lo que cuenta no es el producto, sino cómo cada país sea capaz de moverlo (adquirirlo y usarlo).

Por encima de todo, según Zavaleta, está la capacidad de cada sociedad para conocerse a sí misma y evaluar sus posibilidades en el escenario histórico; la capacidad del Estado para fijarse unos objetivos liberadores; en una palabra, la capacidad de autodeterminación colectiva. Y a todo esto lo llama “disponibilidad”. Según sea la disponibilidad de una sociedad, esta manejará su producto o su excedente de una u otra forma: lo despilfarrará como el heredero o lo capitalizará como el empresario. Una mayor disponibilidad permitirá un mejor movimiento de la riqueza disponible y, por esta vía, asegurará un mejor desempeño histórico, digamos en la guerra.

La Guerra del Pacífico muestra muy bien que lo que importa es la disponibilidad y no el tamaño del excedente: ganó el país que, de los tres, poseía el menor. La historia moderna de Europa prueba la misma cosa: los países más exitosos (Gran Bretaña, Holanda, las ciudades del norte de Italia) carecían del excedente español y portugués; al mismo tiempo, este no aseguró el liderazgo mundial ibérico.

Si la clave no está en los recursos naturales, quienes piensan esto, dice Zavaleta, caen en el “camelo del excedente”. Esta es una característica de la ideología boliviana. Zavaleta la llama “nuestra obsesión” y también el “fetiche” nacional. El camelo del excedente, el autoengaño que consiste en creer que todo puede solucionarse con el descubrimiento y la explotación de recursos naturales, representa una continuación hasta el presente de la búsqueda colonial de El Dorado. Constituye un hábito o, algo todavía más primario, un reflejo de la sociedad nacida en Potosí. “Se busca plata porque se quiere existir, [pero] como Huallpa [el indio descubridor del Cerro Rico] lo demostró, la existencia no se deriva del azar de encontrar plata” (Zavaleta, 1986:140).

La clave está en otra parte, ya lo sabemos: depende de la disponibilidad. La palabra “disponibilidad” en general se usa para designar los breves momentos en que un individuo, un grupo o una nación pueden liberarse de las determinaciones de la historia, del contexto, de la economía. En una palabra, de la carga de lo objetivo, y entonces son capaces de actuar por ellos mismos, con fidelidad a sus propias decisiones. Son momentos, por tanto, de la máxima subjetividad. Existen por obra de la creatividad humana, que rompe la cadena causa-efecto que, de otra forma, resultaría inexorable

(y entonces el resultado de una guerra estaría de antemano fijado por el producto interno bruto de los países contendientes). Estos momentos de “disponibilidad” son ignorados o directamente negados por las doctrinas mecanicistas, tales como el marxismo vulgar. De ahí que Zavaleta, cuyo objetivo era la superación del pensamiento mecanicista sobre Bolivia, pusiera especial atención en ellos.

La siguiente frase de Zavaleta, sacada de otro texto, “Las formaciones aparentes en Marx” (1988 [1978]: 226), resume este pensamiento: “[L]a vertebración de la historia particular de cada formación económico-social resulta más poderosa que cualquier modelo superestructural [como el de Kautsky, Stalin, etc.]”. Esto significa que “La superestructura puede obedecer a varios mensajes o determinaciones (que ocurren en tiempos diferentes) que vienen de la sociedad civil, y puede, además, tener diferentes capacidades de respuesta a tales determinaciones (*op. cit.*: 222).

Estas “capacidades de respuesta” de la superestructura, es decir, esta disponibilidad, configura la autonomía de lo político. Así, la política en Zavaleta es activa, es codeterminante; no tiene todo el peso causal ni actúa de forma libérrima (como ocurriría ulteriormente en el posmarxismo). Como se ve en el siguiente pasaje, introducido después de la teorización anteriormente citada –que relativizaba la determinación–, Zavaleta, al mismo tiempo que abre espacio a la autodeterminación, se esfuerza por seguir siendo materialista:

Las cosas, en todo caso, no se muestran tan sencillas: la fuerza de la determinación resulta tan importante como la sensibilidad o la receptividad de la superestructura determinada. De ahí que la superestructura estatal parezca (*lo que no quiere decir que lo sea*) independiente: una independencia que ocurre, sea colocándose por delante de su base material [...] o rezagándose [...]. En ambos casos, a nuestro modo de ver, la explicación se da no por la independencia del Estado, sino por la colocación del momento de eficiencia de la determinación en una zona u otra de la sociedad (*ibid.* Las cursivas son nuestras).

La base sigue teniendo la última palabra, solo que esta palabra llega bastante tarde a los oídos superestructurales. La determinación fluye y se desplaza entre las distintas zonas de la sociedad. Sube desde la base a la

superestructura y baja desde esta a la base. También existe una bivalencia de la base y la estructura, que son ellas mismas desde un punto de vista y son lo opuesto desde otro. O, dicho de otro modo, ambas tienen la condición de anverso y reverso de una misma realidad que, además, está en constante cambio. Todo esto implica el desarrollo de un marxismo más abierto.

En Zavaleta, esta autonomía relativa de lo político (o de la superestructura) respecto a la base económica determinativa –en otras palabras, la posibilidad de que haya “disponibilidad” concentrada en determinados momentos históricos, clases, etc.– está relacionada con un conjunto de conceptos de corte teórico-político. Uno de estos conceptos, quizá el más importante, es la *forma primordial*. Esta representa algo ya señalado: la primacía de la “vertebración de la historia particular de cada formación económico-social” sobre “cualquier modelo superestructural”.

Según Tapia (2013: 16), la forma primordial “consiste en que la explicación socio-histórica debe empezar por el estudio y reconstrucción de cómo se ha articulado un país en lo interno y de cómo se produce y reproduce el orden social y político en la historia local”.

En esa medida, es una refutación de las implicaciones deterministas de la teoría de la dependencia que hemos visto. La teoría de la forma primordial⁸ también es un rechazo al antiimperialismo mecánico asociado al marxismo vulgar, según el cual los países se alinean automáticamente con las “emisiones” imperialistas porque carecen de autonomía de lo político.

Zavaleta criticaba “el punto de vista que considera que la historia es el acto del país central”, mientras que el “país periférico” se limita a la “recepción”, que era el punto de vista expresado en particular dentro de la teoría de la dependencia. Por eso se opone al célebre concepto del “sistema-mundo” de Wallerstein, que hace hincapié en la interrelación de todas las economías y sociedades del planeta, unificadas por una misma determinación estructural (económica). Según Zavaleta (2013: 560), este concepto “inutiliza [...] todo cálculo concreto de la lucha de clases”. “Si el carácter básico de las formaciones sociales latinoamericanas está dado por

8 Tal como se expresa en el artículo “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial” (Zavaleta, 2013).

la dependencia [...] entonces [...] la estructura mundial habría subordinado ya en definitiva a todas las que fueron en su momento historias locales, momentos nacionales” (*op. cit.*: 559). En otras palabras, a esa altura ya no habría historia latinoamericana o chilena o peruana o boliviana propiamente dichas. Para Zavaleta, tal posibilidad no tiene sentido.

Zavaleta no niega que exista lo que él llama “emisión” imperialista, determinaciones más o menos uniformes que provienen de los “países centrales” y son recibidas por los “países periféricos”. Pero la reacción de estos ante dichas “emisiones” homogéneas es, en cambio, heterogénea. Si bien la dependencia respecto de los Estados Unidos funciona “técnicamente” igual en Bolivia que en Taiwán, existen diferencias “ideológicas” en la forma de procesarla por ambos países, que se originan en la historia de los Estados Unidos, de Bolivia y de Taiwán. Estas sociedades tienen distintas “formas primordiales” (es decir, autóctonas), que se comportan de maneras distintas ante las “emisiones”. Igual que Gramsci, Zavaleta rechaza los análisis de la realidad de un carácter puramente deductivo que alimentan estrategias políticas válidas para todo y todos, inalterables. Una batalla cultural exitosa –para el logro de la hegemonía, es decir, de la victoria política– comienza por conocer los factores originales de cada formación social, el perfil de cada clase, las coyunturas de la lucha; en suma, la historia local.

La dependencia misma debe ser considerada en torno a los patrones históricos constitutivos de cada una de las formaciones sociales. En este caso [...] las obliteraciones del desarrollo capitalista en la América Latina no provienen solamente de la instalación tardía del mismo en la zona, lo cual es cierto de modo relativo, sino que el fondo histórico latinoamericano las contenía en su principio constitutivo, como osificaciones productivas y como tradiciones ideológicas. En otras palabras [que en estos países hubo independencia política pero] no hubo reforma intelectual” (*op. cit.*: 561).

Esta concepción dinamita las concepciones marxistas anteriores sobre la inserción latinoamericana en el capitalismo. El problema de esta no es la presencia fatal del imperialismo, sino la falta de una “reforma intelectual”, es decir, de una modernización interna.

Conclusiones

La primera conclusión de lo hasta aquí expuesto es que, como se ha podido ver, las teorías marxistas de la inserción boliviana en el capitalismo, por la dinámica de su propio contenido, contribuyen de forma importante al pensamiento boliviano sobre el extractivismo. Incluso se podría decir que la problemática de la inserción es el modo específicamente marxista de hablar del extractivismo porque, ya que el marxismo es un pensamiento de tipo genealógico, busca la explicación de la condición extractivista del país en su origen, que es el momento de la inserción. El marxismo concluye que Bolivia es extractivista porque ha llegado al capitalismo cuando ya existían potencias industriales que necesitaban de las economías extractivas para aprovisionarse y estaban en condiciones de entregarles productos manufacturados más baratos que los que ellas mismas podrían producir. Tal era la “división internacional del trabajo” que, según se postulaba, se había impuesto de manera objetiva y externa a los bolivianos, condenándolos a la dependencia. La dependencia, entonces, era parcialmente una herencia colonial.

Por supuesto, algunos autores tuvieron más conciencia que otros del extractivismo como un fenómeno con entidad propia, algo más que una mera “determinación imperialista”.

Los marxismos bolivianos “clásicos” enfatizaban en la rémora feudal antes que en la naturaleza dependiente de la economía moderna capitalista, que suponían que podía eliminarse con relativa facilidad por la vía del “corte con el imperialismo”. Esto cambió en los años sesenta, cuando la experiencia frustrada de la Revolución Nacional provocó que Zavaleta comprendiera que la dependencia no era un hecho externo que se pudiera conjurar fácilmente con la nacionalización, sino que estaba incorporada estructuralmente en la vinculación (que, justamente, era extractivista) del país con el mundo, y por eso debía resolverse por medio de una operación política de gran escala: la “reforma intelectual y moral” del país.

Por otra parte, podemos concluir de lo estudiado que el marxismo del siglo XX vivió una innegable evolución de lo más simple a lo más complejo. Comenzó repitiendo de manera bastante directa las indicaciones y sugerencias de los discursos marxistas internacionales porque era un marxismo militante,

en algunos casos internacionalista, y se alineaba según las coordenadas del debate dentro del marxismo-leninismo tras la división del Partido Comunista ruso: a favor o en contra de Stalin. Así comenzó, pero terminó produciendo un teórico tan relevante e irreverente como Zavaleta, que sin duda fue esto último en la cuestión que aquí nos ha concitado, la cuestión de la “inserción”.

Esta evolución marxista puede explicarse, como hacían los propios marxistas, por las características de la gran interlocutora de esta corriente ideológica, la clase obrera boliviana, que, por diferentes factores históricos y económicos, tuvo un desarrollo político e ideológico considerable en el siglo XX. También estuvo relacionada con las vicisitudes de la historia política boliviana que, al decir de Zavaleta (2011), tuvo una índole “clásica”, como Francia en los siglos XVIII y XIX, con abundancia de revoluciones y contrarrevoluciones.

La tercera conclusión es que el pensamiento de estos escritores e intelectuales sigue ofreciendo claves para entender “¿por qué las mayores riquezas de Bolivia son las que el país ha perdido?”, como preguntaba Zavaleta. Es decir, el problema de la fuga del excedente como mecanismo específico de la dependencia y, por tanto, como la barrera que impide una modernización extensiva del país. Claro que esta implicación necesitaría una argumentación *ad hoc* que no se ha hecho aquí y que queda pendiente.

Fecha de recepción: 10 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación: 7 de noviembre de 2024

Bibliografía

Abecia López, Valentín (1986). *Siete políticos bolivianos*. La Paz: Juventud.

Althusser, Louis ([1965] 1968). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI Editores.

Antezana, Luis H. (2011). “Sistema y procesos ideológicos en Bolivia (1935-1979)”. En: Luis H. Antezana. *Ensayos escogidos*. La Paz: Plural Editores.

- Ayala, Ernesto ([1938] 1955). *Crítica de la Reforma Universitaria. Autonomía y revolución*. La Paz: COB.
- Ayala, Ernesto (1944). *La “realidad” boliviana*. Cochabamba: Facultad de Derecho de la Universidad de San Simón.
- Arze, José Antonio (2020). *Obra reunida*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
- Arze, José Antonio (1980). *Polémica sobre marxismo y otros ensayos afines*. La Paz: Ediciones Roalva.
- Baron, Samuel H. (1976). *Plejánov. El padre del marxismo ruso*. México: Siglo XXI Editores.
- Canelas, Amado (1981). *¿Quiebra de la minería estatal boliviana?* La Paz: Los Amigos del Libro.
- Carmagnani, Marcello (2004). *El otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Claros, Luis (2017). *Sentido e ideología. Cuestiones de teoría y método*. La Paz: CIS.
- Devés, Eduardo (2000). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (2 tomos). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Dos Santos, Theotonio (2003). *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*. Barcelona: Plaza & Janes Editores.
- Dos Santos, Theotonio (1973). *Dependencia y cambio social*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Ezquerro-Cañete, Arturo (2023). “Introduction”. En: Veltmeyer, Henry y Ezquerro-Cañete, Arturo (eds.). *From Extractivism to Sustainability. Scenarios and Lessons from Latin America*. Nueva York: Routledge.
- Frank, André Gunder (1972). *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo. dependencia, clase y política*. Barcelona: Editorial Laia.

Fukuyama, Francis (2014). "Prefacio". En: Huntington, Samuel P. *El orden político en las sociedades en cambio*. Barcelona: Paidós.

Garavaglia, Juan Carlos (1982). "Introducción". En: Sempat Assadourian, Carlos; Laclau, Ernesto, Cardoso, Ciro F. S., Ciafardini, Horacio y Garavaglia, Juan Carlos. *Modos de producción en América Latina*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Gil, Mauricio (2016). *Conciencia desdichada y autodeterminación de masa. En torno al pensamiento de Zavaleta Mercado*. La Paz: CIDES-UMSA.

Gil, Mauricio (2006). "Zavaleta Mercado. Ensayo de biografía intelectual". En: Aguiluz, Maya y De los Ríos, Norma (coord.). *René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y re-visiones*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Internacional Comunista (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, tomo I. México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Laclau, Ernesto ([1971] 1982). "Feudalismo y capitalismo en América Latina". En: Sempat Assadourian, Carlos; Laclau, Ernesto, Cardoso, Ciro F. S., Ciafardini, Horacio y Garavaglia (1982). *Modos de producción en América Latina*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal ([1985] 2006). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lazarte, Jorge (1988). "Presentación". En: Zavaleta Mercado, René. *Clases sociales y conocimiento*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Lewis, W. Arthur (1967). "Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra". *Investigación Económica*, 27 (107/108) julio-diciembre: 299-353. México: Fondo de Cultura Económica.

Lora, Guillermo (1994a). "Tesis de Pulacayo" en Lora, Guillermo. *Obras completas*. La Paz: Editorial Masas.

Lora, Guillermo (1994b). "Los objetivos democrático-burgueses y la revolución boliviana". Lora, Guillermo. *Obras completas*. La Paz: Editorial Masas.

- Lora, Guillermo (1967). *Historia del movimiento obrero boliviano: 1848-1900*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Mariátegui, José Carlos ([1928] 1987). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Mansilla, Hugo Celso Felipe (1994). *La empresa privada boliviana y el proceso de democratización*. La Paz: Fundación Milenio.
- Mayorga, René Antonio (1979). *Teoría como reflexión crítica*. La Paz: Hisbol y CEBEM.
- Marx, Carlos ([1867] 1979). *El capital*. T.1. México: Siglo XXI Editores.
- Marx, Carlos ([1859] 1976). “Prólogo”. En: Marx, Carlos. *Crítica de la economía política*. México: Editora Nacional.
- Marx, Carlos ([1848] 2001). *El manifiesto comunista*. Madrid: Alianza Editorial.
- Molina, Fernando (2024). “La recepción del marxismo por René Zavaleta. Primeros pasos (1971-1973)” (Documento inédito).
- Molina, Fernando (2021). *La revolución permanente en Bolivia. Ayala, Lora, Zavaleta*. La Paz: Plural Editores.
- Molina, Fernando (2009). *El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales*. La Paz: Pulso.
- Ovando-Sanz, Jorge Alejandro ([1961] 1984). *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*. La Paz: Juventud.
- Paz Estenssoro, Víctor (2003a). “Interpelación al Ministro de Hacienda en mayo de 1949”. En: Antelo, Ramiro. *Pensamiento político de Víctor Paz Estenssoro*. La Paz: Plural Editores.
- Paz Estenssoro, Víctor (2003b). “Nacionalización de las minas. Fragmento del discurso de Víctor Paz Estenssoro el 31 de octubre de 1952”. En: Antelo, Ramiro, *Pensamiento político de Víctor Paz Estenssoro*. La Paz: Plural Editores.

Paz Gonzales, Eduardo (2020). “Estudio introductorio. José Antonio Arze, marxista convicto y confeso”. En: Arze, José Antonio. *Obra reunida*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

Poulantzas, Nicos ([1968] 2001). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI Editores.

Quiroga Santa Cruz, Marcelo (1982). *Oleocracia o patria*. México: Siglo XXI Editores.

Ramos, Jorge Abelardo ([1970] 2022). *El marxismo en los países coloniales*. La Paz: Autodeterminación.

Rodríguez Ostría, Gustavo (2021). *La acumulación originaria de capital en Bolivia 1825-1885. Ensayo sobre la articulación feudal-capitalista*. La Paz: Plural.

Rodríguez Ostría, Gustavo (1999). “Producción, mercancías y empresarios”. En: Campero Prudencio, Fernando (ed.). *Bolivia en el siglo XX. La formación de la Bolivia contemporánea*. La Paz: Harvard Club de Bolivia.

Sempat Assadourian, Carlos (1982). “Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina”. En: Sempat Assadourian, Carlos; Laclau, Ernesto, Cardoso, Ciro F.S., Ciafardini, Horacio y Garavaglia. *Modos de producción en América Latina*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Sempat Assadourian, Carlos; Laclau, Ernesto, Cardoso, Ciro F. S., Ciafardini, Horacio y Garavaglia (1982). *Modos de producción en América Latina*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Seoane, Alfredo (2016). *Industrialización tardía y progreso técnico. Un acercamiento teórico-histórico al proyecto desarrollista boliviano*. La Paz: CIDES-UMSA y Plural.

Skinner, Quentin (2014). “Belief, Truth and Interpretation”. YouTube, 18 de noviembre de 2014.

<https://www.youtube.com/watch?v=VJYsTJt8vxg&pp=ygUoU2tpbm5lciBiZWxpZWYsIFRydXRoIGFuZCBJbnRlcnByZXRhZGlubG93D%3D>

Svampa, Maristella y Terán, Emiliano (2016). “En las fronteras del cambio de época. Escenarios de una nueva fase del extractivismo en América Latina”. En: Gabbert, Karin y Lang, Miriam (eds.). *¿Cómo se sostiene la vida en América Latina? Feminismos y re-existencias en tiempos de Quito: Fundación Rosa Luxemburgo y Ediciones Abya Yala*. http://www.rosalux.org.ec/como_se_sostiene_la_vida_en_america_latina.

Tapia, Luis (2013). “La estrategia cognitiva de la forma primordial”. En: Tapia, Luis. *De la forma primordial a América Latina como horizonte epistemológico*. La Paz: CIDES-UMSA y Autodeterminación.

Tapia, Luis (2002). *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta*. La Paz: Muela del Diablo Editores.

Trotsky, León ([1930] 2011). *La revolución permanente*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Zavaleta, René (2015). *Obras completas*. Tomo III. Volumen 2: Otros escritos 1954-1984. La Paz: Plural Editores.

Zavaleta, René ([1983] 2013). “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial”. En: Zavaleta, René. *Obras completas*. T. II. La Paz: Plural.

Zavaleta, René (2011). “La caída del MNR y la conjuración de noviembre. (Historia del golpe militar del 4 de noviembre de 1964 en Bolivia)”. En: Zavaleta, René. *Obras completas*. T. I. La Paz: Plural.

Zavaleta, René ([1967] 1990). *La formación de la conciencia nacional*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Zavaleta, René ([1978] 1988). “Las formaciones aparentes en Marx”. En: Zavaleta, René. *Clases sociales y conocimiento*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Zavaleta, René (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI Editores.

Zegada, Óscar (2005). “El BCB y el periodo de la estabilidad de precios”. En: BCB. *Historia monetaria contemporánea de Bolivia*. La Paz: BCB.